Oxímoron

Quiero manifestar que, cualquier coincidencia de lugares, situaciones, personajes y sus ocupaciones, no tienen por qué, necesariamente, ajustarse a ninguna realidad. Solo son una mera invención para poder llevar a cabo esta historia.

Oxímoron
Juan Tecles Sánchez
jtecles@hotmail.com

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788417952280
Depósito Legal: SE-1532-2019

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Juan Tecles Sánchez
© Ilustración portada: Idea: Juan Tecles Sánchez
© Fotografía: Romà Codina Maseras
© Composición: Enrique Muñoz Bordonaba
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Oxímoron

Juan Tecles Sánchez

Mi agradecimiento a todas las personas que, consciente o inconscientemente, me han facilitado la ayuda y los datos necesarios para desarrollar esta novela.

A mi gran amigo Juan López.
Él esperaba esta novela con entusiasmo
pero el final inesperado de su vida
le arrebató esa ilusión.

«No hay en la tierra contento que se iguale
a alcanzar la libertad perdida.»

(Miguel de Cervantes)

Prólogo

El día anterior, Sábado, después de consultar que las previsiones meteorológicas para la mañana siguiente nos aseguraban que el tiempo sería amable e idóneo para la práctica de actividades al aire libre, habíamos quedado con los amigos para salir a caminar, como en tantas otras ocasiones, y con esas sanas intenciones, debidamente perpetrados para el momento: gorras, bastones de *trekking* y una mochila con bebida y bocadillos para consumir a mitad del recorrido previsto, nos dirigimos al lugar acordado para reunirnos con las otras dos parejas que completarían el reducido grupo de andarines.

Iniciamos el camino bajo el infinito manto de un claro cielo azul, de una agradable mañana, que, tal y como estaba previsto, seguramente sea la antesala de un día espectacular.

Dirigimos nuestras pisadas por un camino de tierra pedregosa surcada por aguaceros pretéritos que pone a prueba nuestra resistencia, con empinadas subidas y bajadas constantes, hasta que por fin nos lleva hasta el interior de una planicie esperada, poblada por un frondoso bosque, que nos acoge en su seno con esa calma perenne que solo es capaz de otorgar una naturaleza llena de magia que transmite y genera en nosotros una vitalidad y una paz interior que siempre consigue transformar en positivo nuestro estado anímico.

Encabezamos la comitiva mi amigo Juan y yo unos metros por delante del resto del grupo, enfrascados, como es costumbre entre nosotros dos, en discutir, analizar y opinar sobre cualquier tema susceptible de ser debatido, cuando, aprovechando un breve instante en el que ambos permanecemos callados, soy consciente de la calma que nos proporciona este lugar por el que transitamos, donde la exuberante vegetación nos envuelve con su fragancia y nos proporciona una sensación de inmenso silencio, solo violado por el sonido de nuestros pasos y el tenue rumor de las voces que suenan desde nuestra retaguardia. Entonces le digo, casi sin ser consciente de que estoy vocalizando la sensación interior que en ese mismo momento estoy sintiendo: «¿No tienes la percepción de que en este lugar se puede escuchar el silencio?» Él detiene su caminar por un instante y poniendo cara de sorpresa teatralizada me contesta. «¡Vaya, ya te salió la vena del escritor que llevas dentro! Acabas de verbalizar un bonito *oxímoron*». «¿Un bonito qué?», le contesto yo, que no he acabado de entender su comentario. «*Un oxímoron*», repite él con seguridad. «¿De verdad no sabes lo que es un *oxímoron*?» Ahora sí, muestra cara de sorpresa real; como si no pudiera creer que yo desconociera esa palabrota. «Disculpa mi ignorancia, pero no me suena», le replico. «Pues debería de sonarte. Teniendo en cuenta que te entretienes juntando y ordenando letras, estoy seguro de que en más de una ocasión has utilizado ese recurso literario en tus textos». Ahora la cara de sorpresa la debo de tener yo porque continúa diciéndome. «¡Y no pongas esa cara, que el renuncio tampoco es tan grave! Ahora te lo explico: Un *oxímoron* es, en sí mismo, una contradicción. Es una figura retórica que se utiliza en literatura y consiste en contraponer dos pala-

bras antagónicas, de significados opuestos, pero que expresadas conjuntamente generan un concepto nuevo y diferente. Por ejemplo, para que lo entiendas mejor, un oxímoron podría ser la expresión *"un instante eterno*", o también "*una calma tensa"*, o lo que acabas de expresar ahora tú mismo, *"escuchar el silencio"*». «Queda entendido. Y te confirmo que, efectivamente, he utilizado esas licencias retóricas en más de una ocasión. Gracias por tu aportación que, con toda seguridad, ayuda a que mis conocimientos se amplíen», le digo yo, mientras hago un gesto de genuflexión y reverencia y mi mano despoja mi testa de un inexistente sombrero de ala ancha, ornamentado con una vaporosa pluma fijada en su toquilla, emulando a los caballeros del medievo. Como ya hemos llegado al lugar habitual del almuerzo, tomamos asiento a la sombra y cobijo de los fornidos pinos para, una vez repuestos del esfuerzo, emprender el camino de regreso.

Después, ya en casa, sentado en mi sofá, mientras me dejo seducir por la *soledad sonora* que habita mi salón, no puedo olvidar la conversación con mi amigo. No puedo olvidar que, aunque él se esfuerza en aparentar normalidad en su cotidianidad, estoy convencido que es plenamente consciente de que una inesperada y letal enfermedad se ha adueñado de él, afectando gravemente a su estado de salud. Y tampoco puedo olvidar que mientras me explicaba esa contradicción semántica, hacían su aparición en mi mente las muchas contradicciones que se aglutinan en su persona. Esas contradicciones con las que la vida nos sorprende y nos atrapa sin siquiera darnos oportunidad de defendernos de ellas porque, aunque lo intentemos, muy a menudo, suele ser una batalla perdida. Una *dura batalla pacífica* perpetrada a lo largo de un *tiempo inexistente* que te obliga a transitar

por los caminos de una muerte en vida, mientras esperas el *placer fatal* de experimentar el inexorable adiós que abre las puertas a otra dimensión. La obligatoriedad de morir para conseguir otra vida; el *oxímoron* por antonomasia de nuestra existencia.

Yo era consciente de que mi buen amigo Juan estaba esperando con mucho interés y con más entusiasmo la conclusión de esta novela, pero, a pesar de que yo he hecho todo lo posible para que así fuera, la conjura entre la negación temporal de mis musas y su fatalidad nos han ganado la carrera a los dos y el sobrevenido súbito final de su vida le arrebató esa ilusión. En ese mismo momento decidí que nada ni nadie en este complejo mundo podría impedir que esta obra, en su memoria y perpetuo recuerdo, lleve el título de «OXÍMORON».

1

... la brisa del mar sobre su piel...

La puesta en libertad bajo fianza de David Santisteban, el que fuera secretario personal del poderoso industrial J.L. Tohar de la Rosa y principal sospechoso de su muerte, le ha devuelto la posibilidad de disfrutar nuevamente de sus cotidianos paseos vespertinos sobre la gruesa arena de la playa ubicada justo enfrente de su pequeño y acogedor apartamento. Camina descalzo, rozando la orilla, con las perneras de sus pantalones arremangadas para evitar que el agua las pueda salpicar, disfrutando del contacto de la recia arena y del agua fresca que, esporádicamente, se atreve a lamer sus pies desnudos. Ahora que vuelve a sentir la brisa del mar sobre su piel; ahora que puede gozar de nuevo con la relajante melodía particular que emiten las olas en su constante y secuencial danza; ahora que sus ojos pueden disfrutar observando las efímeras figuras que la espuma blanca dibuja sobre la superficie de la húmeda arena; ahora que puede dejarse envolver por el característico efluvio que se desprende del agua salada en un mar inquieto; ahora que el conjunto de este espectáculo maravilloso que le regala la naturaleza, sin pedirle nada a cambio, tiene sus sentidos subyugados;

ahora... es cada vez más consciente de lo bello e importante que significa ser libre. Todo este cúmulo de sensaciones que le produce su lento caminar por la orilla le hacen valorar más el disfrute de esa libertad que durante un corto periodo de tiempo, aunque a él se le haya antojado una eternidad, los últimos acontecimientos vividos le habían negado. Solo tiene que elevar la vista y mirar al infinito para darse cuenta de que el gran espectáculo continúa. Nuevamente la madre tierra le sorprende con una postal ciclópea, maravillosa, impresionante, mágica, majestuosa, bella, perfecta. Las imágenes que inundan sus retinas, con su vasta paleta de colores desparramados en el firmamento, le son muy difíciles de adjetivar. Mientras se deja acariciar por la leve y dudosa brisa, entre *Llevant y Xaloc*, contempla la inmensidad del mar con sus rizadas aguas teñidas de heterogéneos verdes y azules en una cromática y perfecta simbiosis; y como telón de fondo, un cielo infernal teñido de cárdenos multicolores, dando su adiós a un retazo de sol rojizo que anuncia el inminente crepúsculo.

El día está llegando a su fin y antes de que la oscuridad lo sorprenda, David Santisteban decide dar por terminado su agradable paseo y alejándose de la orilla se dirige hacia su cercano apartamento. Con los calcetines y los mocasines en la mano se encarama por las amplias escaleras metálicas que salvan el desnivel entre la arena de la playa y el enlosado del paseo marítimo, justo enfrente del edificio donde se ubica su vivienda. Después de tomar asiento en una bancada de piedra, con unos suaves golpecitos y unas friegas con sus manos consigue hacer desaparecer cualquier resto de la arena de sus pies; se embute los calcetines y con movimientos calculados se calza los zapatos. Una vez de pie se acerca al bordillo del amplio paseo para controlar el tráfico

rodado y tras unos giros laterales de cabeza, casi imperceptibles, que le permite comprobar que no hay ningún impedimento para cruzar la calle, lo hace y se encamina hacia la puerta de entrada del edificio. Dirige sus pasos a través del amplio y pulcro *hall* hasta llegar al ascensor, mientras visualiza su propia figura —ahora enjuta en demasía, como recuerdo permanente de su paso por la cárcel de Figueres— reflejada por el inmisericorde espejo que cubre una de las paredes laterales del mismo. Instintivamente eleva su vista hacia la regleta iluminada que marca la posición del aparato y observa que en esos momentos está encendida la lucecita del número de la misma planta donde está ubicado su apartamento y la flecha indicativa de que está descendiendo. Tras la espera de unos escasos segundos se abre la puerta metálica delante de él dejando paso a dos figuras antitéticas; sus convecinas de rellano: dos hermanas con un único nexo en común; su madre y su soltería; y una sola función en sus insulsas y anodinas vidas: la de dedicarse al fisgoneo vecinal donde él, en calidad del personaje de *el vecino de enfrente,* además de no ser una excepción, es el objetivo más deseado y, por ende, el más controlado por ellas. A pesar de saberse espiado por las dos arpías, dando muestras de la educación que le enseñaron sus padres, aunque muy a su pesar, les regala un amable saludo y una de sus mejores sonrisas. Sabiéndose objeto de un minucioso escaneo por parte de las dos hermanas que caminan hacia la puerta de salida con sus cabezas giradas y la vista puesta sobre su persona sin ningún tipo de disimulo, se introduce en el elevador y con su dedo índice aprieta el botón para que el aparato comience su ascensión. Una vez en la planta hace aparecer las llaves en su mano, abre la puerta, entra en su casa, observa su interior y sin comprender la razón, una sensación de soledad

se apodera de todo su ser. Lo cierto es que a pesar de poder disfrutar nuevamente de la libertad perdida nunca se había encontrado tan solo, tan desvalido y tan asustado. Deposita el manojo de llaves sobre la repisa del pequeño mueble adosado a la pared de la entrada, se encamina hacia el salón-comedor, toma asiento sobre el sofá y como si esa acción desconectara su vitalidad física, súbitamente se observa derrumbado en él con la mente ocupada en recordar el último acto de una obra trágica en la que, sin pretenderlo y muy a su pesar, ha sido el actor principal del reparto.

Atrás quedan los duros momentos vividos y, para él, las injustas acusaciones de las que ha sido objeto en los últimos días. Nunca hubiera podido pensar que él, secretario particular y pareja sentimental de J.L. Tohar de la Rosa, propietario de uno de los mayores e influyentes grupos empresariales del país, fuera inculpado como autor de su muerte y de la de un joven acompañante que esa noche desafortunada compartía lecho con el poderoso industrial, aunque admite que después de enterarse del suceso, había pensado que ese fatídico final se lo tenía bien merecido.

Cuando pasan por su recuerdo las situaciones vividas en los últimos tiempos de su relación de pareja con él, en la que había sido objeto de constantes desaires y engaños, fruto de los cuales, en más de una ocasión, le habían despertado auténticos ataques de celos seguidos de continuas depresiones, no puede dejar de admitir que en algún momento había pensado en que se merecía un escarmiento. Pero de ahí a que él fuera el ejecutor de semejante atrocidad, había un gran trecho. Él jamás habría sido capaz de llevar a cabo una acción tan drástica y cruenta; aunque no sabía si realmente se lo había impedido su rectitud moral o la conse-

cuencia de su cobardía ante una situación en la que se necesitaba tener suficientes agallas para llevarla a cabo. Ha tenido que pasar por los duros y desagradables momentos de escuchar las voces del fiscal y de su señoría acusándole de la autoría de ambos crímenes, sin que pudiera hacer nada para evitar la prisión preventiva, aunque más tarde, gracias al buen trabajo y a las acertadas gestiones llevadas a cabo por su abogado, junto al pago de la elevada fianza exigida por el juez, le haya permitido volver a disfrutar de una libertad añorada y abandonar las cuatro paredes de su celda dejando atrás un castigo, según él injusto, dentro de un mundo que jamás habría podido ni sospechar que le tocaría vivir en primera persona.

Los días pasados en la prisión de Figueres han sido una parte de su vida que no podrá olvidar jamás; un trozo de su propia historia marcado con el fuego frio de la solitud de un cuarto impersonal y desangelado. Un aislamiento acompañado permanentemente por la propia soledad de su compañero de celda y de otras muchas melancolías, tantas como internos que, a pesar de soportar sus propios lastres emocionales, siguen luchando por la supervivencia en un tiempo perdido mientras esperan que la libertad sea una realidad que les lleve a la cura de sus heridas emocionales. Un retazo de su existencia que siempre tendrá en su memoria como una amarga y patética experiencia que el destino le ha impuesto sin ofrecerle ninguna otra alternativa que la de la aceptación. Han sido días y noches repletos de preguntas dirigidas a no se sabe quién y que por toda respuesta percibía silencios, nostalgia y una profunda tristeza interior. En todo momento ha tenido el sentimiento de que ese no era un lugar para él porque, aunque no pueda hacérselo creer a nadie y todos los indicios lo acusen, él es el único ser de este

mundo que está seguro de su inocencia por las muertes que se le atribuyen. Es el único que tiene la certeza de que está siendo objeto de una gran injusticia y de un incomprensible error que está dispuesto a demostrar; porque la justicia, si no es justa, revierte automáticamente en injusticia. A pesar de esa falta de respuestas a las desesperadas preguntas formuladas en el vacío espacio de su celda, o entre las paredes infranqueables del patio de reclusos, él tiene la firme convicción de poder probar su inocencia cuando llegue el momento del juicio y demostrar así a la justicia y a todos los que han dudado de él, que estaban equivocados.

En ese escenario de soledad y de dudas en su reducido apartamento, David Santisteban decide levantarse el ánimo decaído por los difíciles acontecimientos vividos últimamente. Se yergue, abre una vitrina del mueble bar y toma un pesado vaso corto de cristal biselado con una gruesa base y de amplio diámetro para servirse una abundante ración de su *bourbon whiskey* preferido *Maker's Mark*, sin hielo, puesto que no soporta que el agua adultere el exquisito sabor del licor. Después, toma el tapón que había depositado sobre la mesita de centro, tapa la botella con especial atención y, tras levantarla hasta la altura de su vista y observar el contenido restante al trasluz, como si un sexto sentido le quisiera avisar de lo que iba a ocurrir después, la devuelve sin prisas y sin sospechas al estante de cristal de donde la había tomado hacía unos momentos. Cierra la pequeña puerta acristalada del mueble vitrina, que a la vez desactiva la luz interior del mismo, y la batería de botellas que hasta ese momento emitían reflejos multicolores procedentes de las distintas tonalidades de los licores apresados en ellas, desaparecen en su interior a la espera de una nueva liberación que, en circunstancias normales, sin duda se repetiría el próximo día pero

que en realidad nunca más se volverá a producir. Es una costumbre, o mejor y más exacto, un vicio que practica cada noche antes de desconectarse del mundo activo para adentrarse en el universo de los sueños. Él no lo sabe —ya nunca lo sabrá— pero esta ha sido la última vez que ha desobedecido los consejos de su médico de cabecera y también la última vez que transgrede las prescripciones pautadas por el galeno. Con el vaso en la mano se dirige hacia el televisor que está frente al sofá y lo conecta; vuelve sobre sus pasos y toma el mando a distancia que se halla sobre la mesita de centro, pulsa un dígito de una cadena y automáticamente la voz del presentador de un programa nocturno, al que suele ser adicto, inunda el pequeño salón. Se acomoda de nuevo en el sofá, quita la voz del aparato, deposita el mando a su lado y comienza a consumir y a saborear su bebida preferida en pequeños e intermitentes tragos mientras que los reflejos coloreados, emitidos por la pantalla que va cambiando secuencialmente las imágenes de los participantes en el programa, tiñen con sus reflejos el entorno de penumbra profanando el pequeño y, ahora, silencioso cuarto. David Santisteban, sin voces que le perturben, se desentiende del televisor para, entre sorbo y sorbo, dejar vagar su mente hasta conectar con el origen de su delicada y comprometida situación con la justicia.

Recuerda muy bien cuando el azar profesional le hizo coincidir con el empresario J.L. Tohar de la Rosa. Fue durante la Feria Internacional de Turismo (FITUR) donde por cuestiones relacionadas con sus ocupaciones profesionales tuvieron la oportunidad de conocerse. Lo retiene en su memoria como un momento único, sublime; donde entre ambos surgió un interés mutuo y el deseo de querer conocer y

profundizar cada vez más en la vida del otro. Fue una atracción bidireccional que en muy poco tiempo desembocó en una relación personal y posteriormente también en el ámbito profesional. David Santisteban, en un tiempo récord, pasó a desempeñar el cargo de secretario personal del rico industrial. Su vida en pareja, a pesar de su clandestinidad a los ojos de los demás, o eso creían ellos, había transcurrido por unos derroteros sentimentales dentro de la normalidad, aunque bien es cierto que en los últimos tiempos el secretario había comenzado a sospechar de infidelidades que, más recientemente, habían dejado de gozar de las dudas de la sospecha para pasar a ser realidades que él mismo, muy a su pesar, había tenido la insoportable y lacerante oportunidad de comprobar.

La película de su relación con J.L. Tohar de la Rosa sigue visualizándose en su magín hasta llegar al punto álgido de la historia cuando, con la realidad de sus constantes engaños siempre presentes en su cotidianidad, en una visita del secretario al chalé particular de su jefe y compañero sentimental, con la única intención de despachar asuntos profesionales urgentes, se encuentra con que la puerta de entrada a la vivienda ha sido violada. Una vez en el interior descubre de inmediato que hay un cuerpo sin vida envuelto entre las sábanas de la cama de su habitación. Después, él mismo se visualiza en un *flash-back* bajando a toda prisa las escaleras que unen el primer piso con la planta baja de la casa y tomando el teléfono de la mesita situada al lado del sofá. Con una calma inusual para el momento que está viviendo, toma asiento, marca un número y tras sonar la señal de llamada durante unos segundos le contesta una voz amable pero enérgica al otro lado del auricular: «Comisaría de la

Policía Nacional, buenas tardes… ¿en qué puedo ayudarle?». «Buenas tardes». Se escucha decir a si mismo con voz tranquila y controlada, como si la gravedad de la situación no le afectara. «Le llamo desde el chalé del señor Tohar de la Rosa, en la calle Garbí, 54 de la Urbanización Mediterráneo. El señor Tohar de la Rosa está inmóvil en la cama de su habitación». «¿Puede identificarse y decirme la razón por la que usted se encuentra ahí?». Se oye decir a la misma voz. «Soy David Santisteban, secretario personal del señor Tohar de la Rosa y he venido expresamente a su casa porque por más que le he llamado al teléfono en varias ocasiones no he obtenido ninguna respuesta; cosa que me ha extrañado habida cuenta que me aseguró que hoy no tenía pensado salir a ninguna parte y permanecería durante todo el día en casa. Me temo que le haya podido suceder algo grave; e incluso que alguien haya podido acabar con su vida, ya que la cerradura de la puerta de entrada está forzada y algún intruso haya podido acceder a su interior». «Está bien; tranquilícese, por favor. ¿Está usted seguro de lo que me está diciendo?». Contesta la voz desde el otro lado de la línea. «Sí…, bueno. Le repito que está completamente inmóvil, sobre la cama, aunque bien es cierto que no me he atrevido a entrar en el dormitorio. Creo que deberían enviar una ambulancia cuanto antes». «De acuerdo. No se mueva de ahí. No toque ni haga nada. Ni deje entrar a nadie que pudiera llegar que no sean mis compañeros. Ahora mismo envío un coche patrulla con dos agentes y una unidad de primeros auxilios. ¿Usted está bien o necesita algún tipo de ayuda?». «No no, yo no necesito nada, estoy bien. Un poco nervioso, eso sí. Les agradecería que no se demoren mucho, por favor». «Tranquilícese. No tema. Ahora mismo estarán mis compañeros allí». Acaba diciendo la voz desde el otro lado de la

comunicación, al tiempo que los fotogramas de la película del suceso van pasando por su mente hasta que llega el momento en que los efectivos policiales hacen su aparición en el chalé, lugar de los hechos, con el inspector Serrano y el subinspector Jerez al frente del equipo, para descubrir poco después que el cadáver que yace sobre la cama no se trata del dueño de la casa sino de un personaje que de momento no han podido identificar, mientras que el propio empresario se encuentra en paradero desconocido. Después, la bobina que contiene la historia más terrorífica de su vida continúa girando, pasando una imagen tras otra, en contra de su voluntad y sin poder hacer nada para evitarlo, para mostrarle cómo al día siguiente se presentaba en la comisaría con el fin de declarar sobre el hallazgo en el chalé de su jefe y cómo tuvo que decidir abandonar el interrogatorio debido a la presión que la pareja policial le estaba sometiendo. Las últimas imágenes que pasan por su cabeza le hacen recordar el momento en que abría el buzón del correo, en el *hall* del edificio donde reside, para extraer de él una notificación del juzgado que le emplazaba a una *vista previa*, en relación a su inculpación de los homicidios perpetrados en la casa chalé del señor Tohar de la Rosa, y cómo, poco después, fue enviado a prisión.

Poco a poco, el cansancio, producto del ajetreado día vivido, sumado a que el *bourbon whiskey* ha comenzado a hacer su efecto enajenando la voluntad del secretario, han propiciado que este se encuentre tendido, inerte, sobre el cómodo sofá del salón, mientras que la televisión ya solo muestra una luz blanca brillante, plagada de puntitos grises que titilan en su pantalla, iluminando la nada.

Al día siguiente, un purpúreo atardecer, idéntico al que los sentidos del secretario tuvieron la oportunidad de disfrutar por última vez en su vida, enmarcaba el hallazgo de su cuerpo sin vida, supuestamente como producto de un excesivo consumo de barbitúricos mezclados con alcohol, convirtiéndose en la principal y sorprendente noticia en todos los medios de comunicación del país.

«De hombres es equivocarse;
de locos persistir en el error.»

(Cicerón)

2

... un irreparable error...

El despertador situado sobre la diminuta mesita de noche suena a la hora prevista de cada mañana alertando al subinspector TJ que un nuevo día laboral está comenzando. Normalmente, al escuchar ese desagradable zumbido, sin necesidad de abrir la luz de la habitación y con los ojos todavía sellados por el pesado efecto de la oscuridad de la noche, desde la misma cama suele lanzar su brazo con milimétrica precisión para, con un certero manotazo sobre el impertinente aparato, golpear el interruptor que lo hace enmudecer. Así suele suceder cada día, pero hoy, a estas tempraneras horas, TJ ya ha pasado por la ducha matutina y con la toalla en las manos, mientras se afana en enjugarse las gotas de agua que resbalan todavía por su atlético cuerpo desnudo, se acerca al odioso artefacto y presionando delicadamente con su dedo índice en la tecla adecuada lo obliga a callar.

El subinspector Juan José Jerez —TJ para sus compañeros, amigos, amigos de sus amigos y algún grupo muy reducido de enemigos consentidos— no puede presumir de una gran estatura. Más bien es parvo, pero de complexión

atlética. Sus hombros soportan una cabeza menuda, proporcionada, poblada de pelo negro ensortijado y espeso, con rasgos faciales que bien podrían catalogarse bajo los estereotipos helénicos. Sus ojos, ni grandes ni pequeños, de color marrón intenso, emiten una mirada penetrante difícil de sostener. Una característica de su figura, que a él nunca le ha gustado, se puede apreciar cuando está de pie, como en posición de firmes: sus rodillas no consiguen juntarse la una con la otra, quedando entre ellas un espacio vacío entre el paréntesis de sus musculadas piernas que suele disimular con pantalones de anchas perneras. Es rápido de reflejos, tanto físicos como mentales y siempre ha sido un gran aficionado y practicante de los deportes, en especial del golf, donde suele cumplir con su hándicap de jugador *bogey*. Profesionalmente, además de haber cursado los estudios de Derecho y ejercer de abogado durante una etapa anterior a su entrada en el Cuerpo Nacional de Policía, ha demostrado ser una persona con unas dotes de observación y sagacidad destacables que, unidas a su decisión, atrevimiento y valentía para afrontar las situaciones más difíciles, le han valido para resolver con éxito casos complicados. La suma de todo ello le ha llevado a una meteórica progresión en el escalafón profesional, habiéndose ganado, además, el respeto de sus superiores y compañeros. No le gusta la violencia innecesaria, solo lleva el arma reglamentaria encima cuando está de servicio y ha demostrado sobradamente que es una persona sencilla y amigo de sus amigos.

Se crio bajo los auspicios de una familia inmigrada a Cataluña, concretamente a Barcelona, donde su padre encontró el lugar para ganarse el pan consiguiendo un trabajo en el cuerpo de la Guardia Urbana de la ciudad, mientras que su madre se hacía cargo de una portería. Junto con su